

LOS CUADERNOS DE TAIZÉ

5

hermano Pierre-Yves

Dios Tres Veces Santo

Lo Desconocido revelado por Jesús

El término «Trinidad» evoca fácilmente en nuestras mentes una teoría metafísica complicada, abstracta, en la que uno apenas distingue su relación con la vida de la fe. Este no será el caso de la presente reflexión, que pretende hablar de Dios seriamente, por supuesto, pero con sobriedad y admiración y en un estrecho vínculo con la oración. No partiremos de consideraciones matemáticas sobre las cifras uno y tres. Ni tampoco de comparaciones heterogéneas como, por ejemplo, la electrici-

dad que ilumina simultáneamente una bombilla, calienta una plancha y hace funcionar el motor de una aspiradora. No, nuestra referencia será este principio sencillo y esencial de la fe cristiana: es Cristo quien nos revela a Dios. Sí, este Jesús que nació en Belén y que resucitó la noche de Pascua.

En sí, Dios se da a conocer en la medida que Él desea y que nosotros somos capaces de conocerle. Pues, en sí mismo, Dios sigue siendo desconocido para nosotros. “Que habita en una luz inaccesible”, dice San Pablo (1 Timoteo 6, 16) e Isaías nos persuade de que nos es imposible imaginarlo (40, 18). Al no ser parte de esta creación, escapa totalmente al espacio, al tiempo y a todos nuestros conceptos. Su altura inalcanzable, fuera de cualquier idea que pudiéramos hacernos y su proximidad asombrosa nos sobrepasan por completo. En este sentido decimos que es absolutamente trascendente, más allá de todo. Aunque también en cierto modo es inmanente, profundamente interior, como el ser en quien todo encuentra su existencia y quien permanece de este lado de lo creado. Sí, el ser en su resurgir perpetuo, el eterno Viviente, la íntima Presencia.

Hablar de «misterio» a este respecto, no es remitir a una realidad en la que no habría nada que comprender, sino en la que hay demasiado que comprender y que nos desborda por todas partes. Ahora bien, con Jesús se levanta un poco el velo. Y este término de «Dios», universal en las lenguas de los humanos, toma a partir de la venida de Jesús

un sentido específico, más aún que en el Antiguo Testamento. No evoca una idea, ni una fuerza impersonal, ni una inquisición subyugante, sino a alguien, una Persona.

Tenemos que tener cuidado de no hacernos una idea de Dios a partir del ser humano que yo soy. Porque, al pensar en mí mismo, diría: “yo soy una persona. En realidad, lo que yo soy, en el punto de partida, es un individuo, un individuo llamado a profundizar en sí mismo, a abrirse a otro, a entablar con Dios y con el prójimo relaciones de amor y confianza. Y he aquí que, a través de esta profundización, y de estas relaciones, el individuo descubre en él lo que es la persona que está llamada a ser, siempre superándose. Tal es la concepción de la persona que se desprende de los Concilios de los primeros siglos.

Ser de una profundidad extrema, fuente del amor en el que se traban vínculos de una infinita comunión, Dios, Él mismo, es de manera originaria y original, desde siempre y para siempre, «Persona», la Persona por excelencia. Ha creado a cada uno de nosotros a su imagen, y siendo imagen suya, nos invita a reconocernos y a modelarnos para llegar a ser verdaderamente nosotros mismos: personas que provienen de una Persona.

Este es el Dios que nos ha llamado a la existencia, el Dios que pretende liberarnos de todo lo que egoístamente pueda llevarnos a nosotros mismos. Porque el gran proyecto que nos propone es una alianza en la que Él se nos revela totalmente

y en la que nos descubrimos no solamente como sus colaboradores felices, sino como sus hijas y sus hijos plenamente adultos, libres y agradecidos.

Por lo tanto, si Dios escapa a toda idea y a todo concepto, ¿cómo vamos a nombrarlo, a pensar en él, a invocarlo, a glorificarlo, a hablar de él?. Y ¿cómo hacerlo sin utilizar términos sacados de nuestra experiencia y de nuestra existencia humana? Ciertamente, pero a condición de no olvidar que estos términos, aún elegidos cuidadosamente, no coinciden con lo que pretenden expresar. Apuntan simbólicamente a una realidad inalcanzable, están llamados a representar para nuestro espíritu una rampa de lanzamiento. En su inadecuación radical deben permanecer abiertos a ese más allá de sí mismos. No encierran ni definen las realidades divinas, no hacen más que señalarlas desde abajo. Pueden utilizarse ingenuamente, pero con una ingenuidad relativa, consciente de sí misma. Estos términos nos hacen a Dios familiar. Pero que esto no nos impida recordar que Dios, en sí mismo, sobrepasa inmensamente nuestro pensamiento, siempre sorprendiendo por su altura y su proximidad: tan alto y muy bajo.

Para reflexionar sobre Dios, partiremos por tanto de Jesús. Jesús, que descubriremos como al Hijo eterno que nos revela tanto a su Padre como a su Espíritu. Comenzando así por el Hijo para enseguida encontrar al Padre e inmediatamente al Espíritu Santo, tomaremos conciencia de que cada uno de ellos envía a los otros dos para darlos a

conocer y hacer que los amemos. El misterio trinitario no es algo fijo que colocaríamos ante nuestra mirada para escrutarlo y discutir sobre él. Al contrario, es un perpetuo movimiento, una incesante comunión, en los que nuestra fe y nuestra oración se dejan llevar. Y es así cómo, a partir de lo que Dios es para nosotros, reflexionaremos sobre lo que nos revela de Él mismo.

Jesús el Hijo

¿Por qué Jesús no dijo explícitamente quién era Él? ¿Por qué no se declaró de entrada Mesías, Salvador, Hijo de Dios? Porque era imposible. Era consciente de estar creando una novedad absoluta a la que no podía, sin más, ni demasiado de prisa, ponerle palabras. Las palabras sirven, para el espíritu humano, para relacionar las cosas con lo de atrás, con lo ya conocido. Ahora bien, Jesús, en su manifestación en la tierra, va por delante de las ideas y de las palabras.

Por tanto, era necesario que los discípulos le siguieran y descubrieran, poco a poco, en Él, algo enigmático. Sí, una autoridad interior que le era propia. En un principio, por la forma de llamarlos a que le siguieran (a diferencia de los rabinos, que esperaban ser solicitados por discípulos). Una autoridad sorprendente también por su forma de

hablar y de acompañar su palabra con actos de curación. Y aún más, por la iniciativa que toma de perdonar los pecados, algo que está reservado únicamente a Dios. Lo sorprendente, además, es su forma de dirigirse a Dios llamándole Abba, algo que nadie había hecho jamás. Un apelativo ciertamente deferente, pero familiar y afectuoso. Al decir Padre muy querido, y casi «papá», ¿no hace suponer una relación filial excepcional? Este término arameo impresionó tanto a los primeros cristianos, particularmente a San Pablo, que lo mantuvieron tal cual en el Nuevo Testamento griego.

A través de todo esto, Jesús aparece progresivamente no sólo como un profeta, e incluso el profeta, sucesor de Moisés y no solamente como el portavoz de Dios, sino como el que se sabe encargado de realizar el proyecto de Dios: tiene conciencia de ser su palabra en acción, su proyecto en persona, el advenimiento de su Reino.

Los discípulos podrán entonces confesarlo como Mesías de Dios o Cristo. Si bien ninguno de ellos, ni Juan Bautista ni María pueden imaginar un Mesías sufriente y crucificado. Incluso para Jesús eso no será fácil, si pensamos en su oración en Getsemaní. Solamente después de Pascua se sabrá interpretar la Pasión como la victoria del amor más grande. La resurrección de Jesús le sitúa al lado de Dios, conlleva la necesidad de reconocerlo Hijo eterno de Dios. «Dios de Dios, luz de luz», se dirá más tarde, sin que estos títulos suenen de forma mítica.

A este respecto, el nombre de «Señor» aparece como muy sintomático. El Nuevo Testamento lo utiliza en general para Jesús el Hijo, tal como lo ha revelado su resurrección. Pero este nombre se atribuye también al Padre. Ahora bien, este título de Kyrios traduce en la Biblia griega de los Setenta (traducción del Antiguo Testamento en griego, emprendida por los judíos de Alejandría en el siglo II) el nombre de IHVH, el Tetragrama (las cuatro letras) sagrado, como se dice. Por este nombre Dios se había revelado personalmente a Moisés en la zarza ardiente. No había nada más Santo y, por deferencia, los judíos no lo pronunciaban. Al nombrar a Jesús Kyrios, desde su resurrección: ¿había una manera más evidente para los primeros cristianos, de proclamar la proximidad de Jesús con el Padre? ¿Su identidad de «naturaleza» o de «sustancia» o de «esencia» (en griego ousia), tal como se dirá en el Concilio de Nicea en el año 325? (Citemos aquí estos términos eruditos, una vez, para recordarlos; no volveremos a mencionarlos).

Jesús y su Padre

Ahora bien, todo el Evangelio no deja de mostrar que Jesús, muy lejos de retener la atención, la vuelve decididamente hacia Dios, del que es el enviado. «Nadie es bueno, sino solo Dios», respon-

dió Jesús (Marcos 10, 18). Su autoridad, en vista a cumplir la voluntad de Dios, acepta totalmente una sumisión, completamente libre y deliberada, a esta voluntad, hasta la agonía de Getsemaní. Se suma a esta voluntad – nuestra liberación – y no quiere de sí más que ser el revelador del designio del Padre. Se puede sostener, por tanto, que es imposible encontrar a Jesús sin ser enviado por Él al Padre. Él se presenta esencialmente como relación con el Padre.

Pero es que, por otra parte, este Padre del cielo le da totalmente su confianza: le ha puesto todo en sus manos como lo declara San Juan (13, 3). Jesús no es solamente su enviado, sino casi su presencia activa, su rostro vuelto hacia nosotros. Es necesario, pues, confesar que si el Hijo, de forma absoluta, se revela relación de comunión con el Padre, Éste se confirma, de manera no menos absoluta, relación de comunión con su Hijo.

En nuestra experiencia humana, nuestro pensamiento y nuestra palabra no son cosas independientes de nosotros mismos, disociadas de nuestro ser. Son constitutivas y, sin parecernos extrañas, nos vuelven hacia el exterior. Casi de la misma manera, los primeros cristianos debieron reconocer, sobre todo a partir de la resurrección de Jesús, que no se le podía imaginar ni pensar en él al margen de su relación íntima con este Dios al que llama Abba, del que Él es el Logos (Juan 1, 1), es decir, el pensamiento, la expresión, la determinación.

Esta relación, tan íntima y sin embargo diferenciada, se ha intentado expresar, a lo largo de los primeros siglos, ya sea haciendo del Padre y del Hijo dos rostros o modos de ser del solo y único Dios, dos rostros que adoptaría sucesivamente según las circunstancias, dos modos de ser bajo los cuales aparecería en función de las oportunidades. Esto no analiza lo que los distingue. Ya sea, a la inversa, se ha imaginado que Jesús ha sido, en un momento dado, adoptado por Dios, lo que no refleja su identidad eterna. O incluso se ha hecho del Hijo una primera criatura, lo que preserva la unidad de Dios, pero no valora para nada la comunión original de Dios y de su Palabra.

Forzoso es, pues, confesar que este Dios tan eminentemente «personal», y que Jesús nos invita a invocar como «nuestro Padre», tiene también asociados, que son Dios con Él. Dios es ciertamente uno y único pero no solitario, es comunión. Su Hijo – y su Espíritu – forman parte de su ser y es con ellos con quienes es amor (1 Juan 4, 8), amor compartido. Dios único, pues, el Padre, pero quien no ha sido jamás sin su Hijo y su Espíritu, los cuales componen con Él este Dios único en tres relaciones de amor y, en este sentido, en tres Personas.

Jesús y su Espíritu

Acabamos de anticipar un poco de lo que se nos ha revelado del Espíritu Santo. Es necesario que volvamos a partir de la figura de Jesús. Su relación con el Espíritu no es menos evidente que aquella por la cual nos hace conocer al Padre.

La encarnación del Verbo de Dios haciéndose el hijo de María es del orden del Espíritu Santo, dicho de otro modo, del orden trascendente del misterio de Dios, como lo han expresado Mateo y Lucas. A continuación, el Espíritu se va a comprometer con Jesús desde su bautismo y reposará en él a lo largo de su existencia terrestre como una unción de gracia y una especie de consagración u ordenación. Está unido a Jesús particularmente en la lucha contra los demonios (Mateo 12, 28). Finalmente, Jesús resucita (Romanos 1, 4) en la gloria del Padre por el poder del Espíritu – el cual no es de esta creación.

El Espíritu Santo aparece a los ojos de las primeras generaciones cristianas como el futuro terrestre del Resucitado quien, en el momento de su última manifestación a sus apóstoles, les promete precisamente la fuerza del Espíritu (Hechos 1, 8). Es lo que San Juan desarrolló en sus capítulos 13 al 16, en las palabras de algún modo testamentarias de Jesús. En varias ocasiones, expresan que Jesús no se concibe sin su relación con el Espíritu, «el otro Paráclito» (Juan 14, 16: literalmente «llamado

cerca de »). Así, dice: Yo rogaré al Padre y Él os enviará, de algún modo, otro “yo” , No es que el Espíritu añada algo nuevo, sino que introduce en toda la verdad que es Jesús (Juan 16, 15) y muestra a lo largo de los tiempos lo que Jesús ha revelado. Lo que supone, a pesar de todo, cierta y relativa novedad, en función de los cambios del mundo y de su historia.

Jesús tiene conciencia incluso de que su pascua y su partida de esta tierra son necesarias para que venga el Espíritu: «Os conviene que yo me vaya, porque si no me voy, no vendrá el Paráclito a vosotros; en cambio, si me voy, os lo enviaré» (Juan 16, 7). Lo que tenía de particular la encarnación será desde entonces difundido a través del tiempo y el espacio, sin dejar de ser concreto y personal. Experimentamos aquí una reciprocidad asombrosa: en cierto sentido, la encarnación tenía por finalidad preparar la venida del Espíritu, al tiempo que Éste no tiene más que un deseo: hacernos vivir de la vida de Cristo.

Por otro lado, nuestra comunión con Jesús se hace más profunda de manera esencial gracias al Espíritu: sin dejar de ser eminentemente personal, la relación de la fe se hace menos subjetiva, apela a nuestra afectividad, a sobrepasar su tendencia a girar sobre nosotros mismos, a ser así más «espiritual» y «nueva». Porque, como explica San Pablo, no es según la carne como conocemos a Cristo – la carne designa las modalidades terrestres de las cuales el ser humano tiende a hacerse el centro - (cf.

2 Corintios 5, 16). Tal es el papel del Espíritu en el conocimiento de la fe.

Hay que reconocer asimismo que, por ella misma e históricamente, la existencia humana de Jesús permite discernir netamente el misterio de su relación con el Padre y con el Espíritu Santo. De hecho, a lo largo de su ministerio terrestre, Jesús no se eleva hacia Dios como lo haría un fundador de una religión. Guardando hasta el final un lenguaje y una actitud de una gran simplicidad y de una total humildad, recibe todo del Padre, lo que atestigua indudablemente esta Fuente y esta paternidad de la que proviene el Hijo eternamente. Por otro lado, Jesús, a diferencia de un fundador de una religión, no deja ningún escrito y no parece preocuparse tanto del futuro de su misión. Confía plenamente en el Espíritu quien tomará el relevo y conducirá a la Iglesia en toda la verdad. Considerar así el Espíritu como un continuador dotado de iniciativa y creatividad, ¿no es reconocerlo como Alguien y no como algo?

En resumen, en Jesús conocemos al Padre y al Espíritu Santo. Él mismo solo quiere ser conocido y reconocido en esta doble relación que forma parte integrante de su ser. Dirigir nuestra oración a Jesús es, por lo tanto, verse puesto en seguida por él en comunión con su Padre y con su Espíritu.

Dios el Padre

Henos aquí ahora en presencia del Padre. Pero atención, no el que imaginamos en seguida a partir de nuestra experiencia más o menos feliz de la paternidad humana. Claro está, que si no tuviéramos ninguna idea ni ninguna experiencia de un padre (pudiera ser por su ausencia), este nombre dado a Dios no tendría sentido para nosotros. Pero esta experiencia psicológica primera está llamada a ser secundaria, a transformarse en una aproximación espiritual. Debe partir necesariamente no de nosotros, sino de Jesús: nuestro Padre del cielo es el Padre de Jesús el Cristo, su Abba, del que Él es para nosotros la imagen. En este Padre, «de quien toma nombre toda familia en el cielo y en la tierra», encuentra su referencia, su figura, su modelo (Efesios 3, 15).

Es en la plena conformidad con Jesús – una armonía siempre asombrosa para nosotros – entre su plena libertad y su total sumisión, donde descubrimos a este Padre como esencialmente liberal y liberador: ¡Tal Hijo, tal Padre! Un Padre que puso todo en las manos de su Hijo (Juan 13, 3) y quien, según la parábola inventada por Jesús, dice a su Hijo y a cada uno de nosotros: «Todo lo mío es tuyo» (Lucas 15, 31). Es decir, que asocia completamente a su Hijo a su proyecto eterno y que éste se reconoce plenamente en este proyecto. Despliega ahí su libertad más personal.

En una confianza total y una especie de humilde modestia, el Padre realiza todo a través de la acción de su Hijo y de su Espíritu. Este Hijo que es también – en persona – su pensamiento, su palabra eficaz, su voluntad creadora. Y el Espíritu que, misteriosamente, es como el secreto de su corazón. Todos se encuentran en el origen de la creación ya que, según el comienzo del Génesis, Dios ha creado por su palabra y su Espíritu incubaba, de algún modo, con su soplo, la creación naciente. Si bien ella es siempre naciente. Y después de la resurrección de Jesús, el Espíritu Santo, en secreto, «renueva la faz de la tierra» (Salmo 103, 30). La figura del Espíritu tiene por otro lado algo de femenino y es la ocasión de recordar que, para el profeta del Antiguo Testamento, la paternidad de Dios es también una maternidad: la ternura de una madre por su pequeño (Isaías 66, 13).

San Ireneo (siglo II), a propósito del Verbo y del Espíritu, ha hablado de «las dos manos del Padre» tendidas hacia nosotros. Ahora bien, en su estrecha reciprocidad, no tienen más que un deseo: conducirnos a la fuente del amor de donde han surgido, llevarnos a la intimidad de Aquel que ha suscitado su existencia en estrecha relación con Él.

Así, como lo hemos visto anteriormente a propósito de Jesús, nuestra oración no puede dirigirse al Padre sin que Él mismo nos haga entrar en la comunión de su Hijo y de su Espíritu. Pues toda oración al Padre – conscientes de ello o no – sube hacia Él en el impulso del amor del Hijo por su

Padre. Y es en el Espíritu como germina en el corazón del creyente y hasta incluso alcanza su plenitud en el corazón del Padre. El deseo que el Espíritu suscita en el corazón del creyente es idéntico al que encuentra en el corazón del Padre (Romanos 8, 26-27). Pensemos en esta frase final con la que termina la gran oración eucarística occidental: «Por Cristo, con Él y en Él, a ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos.»

Una expresión que corre riesgo de suscitar preguntas: “todopoderoso”. Es la ocasión de precisar que el Verbo encarnado, Jesús de Nazaret, en su vida y su enseñanza, en su Pasión y su resurrección, es siempre el punto de vista (por así decirlo) a partir del cual reflexionar sobre Dios. Desde los comienzos, los símbolos de la fe califican a Dios de «todopoderoso», una afirmación que en nuestros días plantea una doble problemática. Por una parte, se teme y se sospecha un autoritarismo por parte de Dios. Y, por otro lado, de forma contradictoria, nos quejamos de que no interviene en la historia desplegando un poder del mismo orden – pero más eficaz – que los poderes humanos.

Partiendo de Jesús en el Evangelio, es como hay que interpretar todo este poder. Se refiere en primer lugar a la creación: Dios ha tenido todo el poder para realizar su designio. Mas este designio es humilde: Dios, que es todo y lo llena todo, es como si se hubiera retirado, para dejar lugar a lo que no es Él. Su creación, la ha concebido como

una autonomía, de la que está bien lejos de desinteresarse, pero en la que, en el curso de la historia, parece no querer intervenir en las leyes de causa-efecto, ni en los acontecimientos. Su acción parece ser otra: desde su porvenir, lo atrae todo hacia Él.

Por otro lado, la reflexión cristiana reciente ha puesto de relieve el hecho de que la omnipotencia de Dios se revela particularmente en el abajamiento de su Cristo, en su Pasión, después en su resurrección. ¿Cómo se muestra esta omnipotencia, sino como la capacidad de Dios para sacar de lo peor lo mejor? A nosotros nos toca descubrir los efectos en nuestra existencia. En el claroscuro de la fe, tal es la esperanza cristiana. No se trata de hacer de esta omnipotencia una debilidad sino de conservar su carácter paradójico: no es de esta creación, y el milagro, siempre posible, no le es habitual - al menos lo que llamamos nosotros humanamente un milagro.

El Espíritu Santo

No pensamos espontáneamente en el Espíritu Santo como en Alguien. El término de Espíritu evoca una potestad misteriosa y una influencia secreta, a las que no se sabe dar un rostro. Sin embargo, varios pasajes del Nuevo Testamento

dicen que es un don del Padre y un don del Hijo. Entendámoslo no como algo que nos será dado, sino como Aquel por quien el Padre y el Hijo se dan a nosotros. En cuanto a la experiencia de fe del que ora, al reflexionar sobre ella, podemos decir que es en el Espíritu como rezamos, por su presencia vivamente personal en nosotros, que es esencialmente interioridad y comunión.

Esto nos asegura que, como relación al Padre, al Hijo y a nosotros mismos, el Espíritu es ciertamente una Persona en Dios; y, en nosotros, la presencia misma de Dios. ¿Por qué entonces permanece para nosotros sin rostro? Pues una paloma es un símbolo y no un rostro personal. La respuesta es que su misma humildad, así como su propio papel y su propia gracia, hacen que esté de alguna forma oculto tras nuestra fe, nuestra esperanza, nuestro amor, de manera que éstos sean verdaderamente nuestros, aun siendo sus dones. Y es así como el Espíritu nos libera, dándonos responsabilidad. De igual forma, está oculto tras nuestra comunión con el Padre y con Jesús - escondido, sí, pero tan realmente presente - . No se sitúa frente a nosotros, es como ese otro que viene de otra parte, el que inesperadamente el profeta Elías percibe como el soplo de un silencio y ligera (1 Reyes 19, 12); nos habita como una sed de Dios, como el deseo del Reino y de su plenitud, como la sutil felicidad de una comunión.

El Espíritu estaba más o menos oculto a lo largo de la primera Alianza, actuando, no obstante, pero

como una forma de mediación de Dios. Se le percibía sobre todo en manifestaciones extraordinarias y carismáticas. Oculto o, más bien, secretamente presente, estuvo durante la vida de Jesús. Pero es a partir de la pascua de Cristo, cuando irrumpe su presencia. En primer lugar, la resurrección del Crucificado lo revela como presencia activa pero trascendente: del «orden de la nueva creación». El Espíritu casi se identifica con el futuro de Dios, su futuro en marcha. Así se puede comprender que se manifiesta más plenamente como el futuro de la encarnación de Jesús, desde el momento en que ésta alcanza su cumplimiento pascual y, por tanto, como el advenimiento de la eternidad.

En el Libro de los Hechos de los Apóstoles encontramos el evangelio del Espíritu Santo. Su obra es de interioridad y de catolicidad, para introducir a la Iglesia de Cristo en la verdad completa, desvelar lo que recibe de Jesús, y así glorificarlo, Él que es la Verdad en persona.

De hecho, el Espíritu resulta ser poderosamente misionero. Si Jesús lo fue esencialmente para el pueblo judío – pues la buena noticia es en principio para los judíos – es el Espíritu quien persuadirá a Pedro para entrar en casa del pagano Cornelio, bautizarlo e inaugurar así la apertura del evangelio de Israel a las naciones. Pedro lo justifica ante los notables de la Iglesia de Jerusalén: «Había comenzado yo a hablar»- dijo a propósito de su paso por casa de Cornelio- «cayó sobre ellos el Espíritu Santo, como al principio había caído sobre

nosotros ... Si Dios les ha concedido el mismo don que a nosotros, por haber creído en el Señor Jesucristo, ¿quién era yo para poner obstáculos a Dios?» (Hechos 11, 15-17). Ahora bien, hoy día aun el Espíritu es quien lleva a la Iglesia a sobrepasar sus límites. Una voluntad como esta revela una Persona...

Para expresar la divinidad del Espíritu, los Padres del Concilio de Constantinopla, en el año 381, evitaron cuidadosamente los términos tomados de la filosofía del tiempo y que habían causado tantos debates y problemas tras el Concilio de Nicea. Recurrieron a términos sencillos, dando al Espíritu este nombre de «Señor» que era desde hacía ya mucho tiempo común al Padre y al Hijo. Y añadieron que, «con el Padre y el Hijo, recibe la misma adoración y gloria».

Hay que añadir que el diálogo ecuménico reciente entre cristianos de Oriente y Occidente permite a estos últimos aclarar mejor el misterio de la Persona del Espíritu Santo. Con intenciones loables, pero sin tener en cuenta el acuerdo realizado en el Símbolo de la fe, completado sobre el Espíritu Santo en Constantinopla, modificaron posteriormente el texto. A propósito del Espíritu, el Símbolo afirma: «Procede del Padre». En Occidente, en los siglos vii y viii, se agregó: «y del Hijo» (Filioque). La intención era evitar la idea de que el Hijo fuera inferior al Padre, puesto que el Espíritu Santo procedería sólo del Padre. No, el Hijo no es una criatura, ni siquiera una criatura muy noble,

es Dios con el Padre. No obstante, el riesgo de añadir esto era reducir al Espíritu a un papel de unidad entre el Padre y el Hijo y, finalmente, hablar de él como de una función, más que como de un «tercero» en esta comunión que es Dios.

Se avanza hacia un consenso al que todos están invitados en primer lugar a recordar que el misterio de esta comunión no reconstruye una historia con un antes y un después. Como si en una sucesión, el Padre hubiera comenzado siendo solo, después hubiera surgido el Hijo y finalmente, entre ellos, el Espíritu Santo. En absoluto. El conjunto de estas relaciones es parte del instante eterno. Por otro lado, se puede llegar a un acuerdo con los occidentales sobre el hecho de que el Hijo participe en el surgimiento del Espíritu, recibéndolo desde toda la eternidad y promoviendo su gloria, pero a condición de añadir que el Espíritu también, a su manera, participa en la existencia del Hijo, viniendo a reposar sobre él como su resplandor.

Estas formas aproximativas de hablar expresan este hecho de experiencia espiritual: el Hijo, a título de Palabra, es más bien la exteriorización de Dios, mientras que el Espíritu se presenta más bien como su interioridad, su profundidad. Sin embargo, actúan y revelan al Padre en una estrecha reciprocidad, y nosotros somos incapaces de aislar la acción de uno u otro. Siempre se presentan juntos.

Hemos visto que el Espíritu nos apoya para liberar nuestra libertad y nuestra responsabili-

dad. Se podría decir que las plenifica. Cuando decimos: «Jesús es Señor» (1 Corintios 12, 3), experimentamos indirectamente su presencia en nuestra fe. Y cuando decimos, tal como decía Jesús: «Abba, Padre», indirectamente también sentimos la presencia del Espíritu en nuestra oración (Romanos 8, 15). Y también indirectamente, descubriendo su presencia que libera en nosotros las dimensiones más personales, más creadoras, entrevemos su cualidad de Persona. Tenemos la experiencia de ello en pedagogía, sólo una persona puede personificar a otra: «El Espíritu mismo se une a nuestro Espíritu» (Romanos 8, 16).

La tri-unidad de Dios

Con un poco de perspectiva, para finalizar, podemos resumir así la fe en Dios tres veces Santo:

El Padre es la fuente. Y en el instante, el desbordamiento de su amor suscita la existencia del Verbo y del Espíritu, el uno más bien su expresión, el otro su «impresión». El Verbo y el Espíritu no permanecen extraños al impulso de su génesis: el Verbo recibe al Espíritu, el Espíritu reposa sobre él. Esta triple comunión, es el Dios único. Eternamente, pues, el Padre «engendra» al Hijo, y su respiración «espira» el Espíritu Santo, con la participación activa de ambos en este intercambio de

vida. En esta comunión no falta nada: su plenitud de amor es total y eterna.

La creación y nuestra existencia no son así nada indispensables, como si Dios tuviera necesidad de ellas para ser comunión. Ellas no añaden nada a la plenitud de Dios, sino la alegría totalmente gratuita que siente al hacer rebosar la vida y el amor y al asociar a esta alianza perfecta que es su Trinidad sus criaturas, si ellas así lo desean.

El misterio de Dios tres veces Santo sitúa al espíritu humano sobre una línea de cresta estrecha y afilada: situación paradójica, poco comfortable, de inestable equilibrio que sin cesar hay que reencontrar. Ahora bien, el espíritu humano, instintivamente, busca el confort y la estabilidad; reduce la paradoja a representaciones simplistas. Bien piensa deliberadamente en el Dios único, con riesgo de reducir la diversidad de las Personas – lo hemos visto – a rostros que Dios adoptaría uno tras otro según las circunstancias. O bien valora la distinción de las Personas con el riesgo de crear tres dioses distintos – tres “muñecos”, según la expresión irónica de Calvino. La primera tendencia es la del racionalismo, la segunda, la de la piedad.

También volvemos a decirlo al final – ya que es la idea central de estas páginas – que no es esta Trinidad como tal la que encontramos en la fe y la oración. No podemos pensarla sino por un esfuerzo artificial de abstracción. De hecho, la comunión de Dios es un movimiento que no se deja detener, un amor humilde y vivo en el que nuestro encuentro

concreto con cada Persona nos reenvía a las otras dos, un movimiento que no lo observamos desde fuera, si entramos en él. Por lo tanto, “estamos atrapados dentro”, como lo hacía notar una señora al acabar una reunión sobre este tema.

© Ateliers et Presses de Taizé, 71250 Taizé, France
DL 1081 — mars 2009 — ISBN 9782850402715
Achevé d'imprimer en mars 2009 imprimerie — AB. Doc, 71100 Chalon sur Saône